

CONFLICTOS DE GÉNERO Y DE CLASE EN LA ALIMENTACIÓN DE LOS JÓVENES DE CLASES POPULARES. UN ANÁLISIS DE LOS PROCESOS SOCIALES DE DISTENSIÓN DE LOS MERCADOS CORPORALES

Junto con otras prácticas –prácticas de salud, deportes, inversión en ropa, esquemas de diferenciación sexual- la alimentación constituye un terreno de primer orden para captar la cultura somática de un grupo social¹. Esta tesis no es un presupuesto teórico a priori. Como veremos, unas y otras prácticas se convocan mutuamente en el discurso de los jóvenes estudiados: la legitimidad del supuesto teórico en nada resulta extraña a la visión indígena de los agentes implicados en la definición de su posición en el mundo respecto a las prácticas alimenticias. Pese a que el gusto alimenticio se vive como un dato fuertemente íntimo, las personas que hablan de él no dudan en analizarlo como el resultado de un conjunto de variables sociales. Dilucidándolas, los actores de los grupos de discusión esperan arrojar luz sobre sí mismos.

En lo que sigue, intentaremos ordenar sus discursos intentando dar sentido sociológico a las fuerzas sociales que explícita o implícitamente invocan en los mismos. Utilizaremos para ello dos esquemas privilegiados de análisis –una vez perfilado el esquema evolutivo de las diferentes clases de edad en el apartado anterior-: el primero de ellos intentará perfilar cómo la construcción social de la posición de género organiza la relación práctica con la alimentación –y, de manera concatenada, con los deportes, la ropa o la salud-. Este esquema de análisis proporciona un rendimiento muy alto: no en vano, la diferencia sexual forma parte del núcleo más rocoso y naturalizado de las identidades de los jóvenes. Enseguida se comprobará que la diferenciación sexual sirve de motivo para la interpretación del mundo regida por el esquema de análisis de la clase social: al hablar de prácticas femeninas y masculinas, los sujetos hacen resonar la oposición entre lo popular y lo distinguido, lo burgués y lo proletario, las fuerzas centrífugas de huida de la condición social –a partir de una relación específica con el cuerpo- o las fuerzas centrípetas –de asunción más o menos orgullosa o resentida- de la propia posición de agente en la región de la división social del trabajo, de la división sexual del trabajo o de la división del trabajo sexual.² Una cierta cosmogonía –más o menos mítica o racionalizada- sociológica se perfila entre las goznes peor o mejor ensamblados de las diferentes tomas de posición discursiva de los agentes respecto de la alimentación.

Una identidad de clase o de género sólo tiene carácter relacional. Las identidades sólo advienen en conflicto con las antagonistas. Mientras no es necesario desmarcarse del otro los individuos utilizan la división ellos/nosotros, pero generalmente hablan de sí mismos en el registro de lo universal. Por otra parte, ningún proceso de clasificación conflictiva del mundo agota la visión del mismo. Dentro de la propia clase, diversos conflictos con mayor o menor fuerza se insinúan: conflictos regionales y locales, culturales, familiares o de personalidad. Así, se perfilan las diferentes trayectorias

¹ L. Boltanski, “Les usages sociaux du corps”, *Annales: Economies, sociétés, civilisations*, vol. 26, nº1, 1971, pp. 206-209.

² « Las propiedades de sexo son tan indisociables de las propiedades de clase como el amarillo del limón es inseparable de su acidez: una clase se define en lo que tiene de más esencial por el lugar y el valor que otorga a los dos sexos y a sus disposiciones socialmente constituidas. Esto es lo que hace que existan tantas maneras de vivir la feminidad como clases y fracciones de clases existen, y que la división del trabajo entre los sexos tome formas completamente distintas, tanto en las prácticas como en las representaciones, en el seno de las diferentes clases sociales”. P. Bourdieu, *La distinción*, op. cit., p. 106.

posibles dentro de una posición social en el mundo; trayectorias posibles que ni el más preciso e infinito análisis sociológico sabría agotar. El trabajo científico es por naturaleza inagotable y el mejor esquema teórico y el material empírico más rico –y humanamente asimilable- no sabrían cancelar la posibilidad de otros acercamientos distintos y científicamente valiosos. Intentaremos construir nuestro material más o menos exiguo sin perder de vista su carácter localizado y peculiar pero sin olvidar, como idea regulativa, la naturaleza de generalización que convierte al trabajo sociológico en algo que trasciende la sociografía o el relato etnográfico. Bourdieu enunciaba muy bien esa tensión cuando señalaba que “un caso particular bien construido deja de ser un caso particular”.³

1. CLASE SOCIAL, CLASE DE EDAD Y TRAYECTORIA INDIVIDUAL. CUATRO TIPOS LÓGICOS

La relación de un individuo con su grupo social de origen puede tomar la forma de la asimilación o el distanciamiento. Los grados de libertad de los individuos crecen con los recursos económicos, culturales y sociales. Las clases populares han constituido su existencia disponiendo de escasos recursos. El registro sociológico de la posición de subordinación y exclusión se ha realizado en un doble sentido. En primer lugar, analizando cómo el cierre de posibilidades de futuro determina la existencia de las clases populares. En segundo lugar, cómo las restricciones sociales, culturales y económicas no evitan la constitución de una cultura original y relativamente autónoma que no es simple racionalización de la posición en el mundo. En diferentes versiones, la sociología de las clases populares intentó a la par construir los vectores de dominación y exclusión que cercenan las figuras de vida posibles en las clases populares y las formas de autodiferenciación y afirmación con que las clases populares estilizan –en el sentido de dar estilo a una materia prima básica- su posición en el mundo.

La experiencia del mundo de los jóvenes de clases populares ha cambiado irremediablemente tras la imposición de la condición joven como un dato inexcusable de las trayectorias vitales también entre las clases populares. En ese sentido, la posición joven supone un momento de singularización respecto al grupo social y de homogeneización respecto a los individuos con los que se comparte *situación de generación*.

Una primera posición centrífuga respecto al grupo social de origen acaece con la posición juvenil. Como hemos visto, esta primera distancia tiende a ser corregida por fuerzas centrípetas que entran en funcionamiento con el proceso progresivo de entrada en la edad adulta. En lo que a la alimentación se refiere, esta experiencia se caracterizaba por una progresiva estigmatización de los alimentos juveniles. Esa estigmatización suponía un particular paso al acto –en la medida en que los gustos juveniles eran cualificados de forma denigrante por aquellos que los sostenían- en procesos de modificación del gusto parejos a la transición de lugares periféricos a centrales en la adquisición y elaboración de alimentos.

Por tanto, las fases de transición han sido retratadas como el resultado de un momento centrífugo respecto al grupo social de origen –la “condición joven”- dotado de poca legitimidad –en su defensa sólo se citaba la presión del “se hace”- y una recuperación de las prácticas familiares. Esa recuperación, como hemos indicado, era de carácter selectivo y contenía procesos de diferenciación respecto al grupo de origen de

³P. Bourdieu avec L. J.D. Wacquant, *Réponses. Pour une anthropologie réflexive*, Paris, Seuil, 1992, p. 57.

diferente calado sociológico. Intentaremos organizar de manera más clara las posibles articulaciones de fuerzas centrífugas y centrípetas en la relación con la alimentación de los jóvenes de clases populares.

Para ello, comenzaremos con la exposición de las posibles trayectorias alimenticias en las clases populares. Esta configuración de tipos nos permitirá ordenar la información disponible con dos criterios. El primero, mostrar la heterogeneidad de las posibles figuras vitales entre los jóvenes de clases populares. El segundo, mostrar en qué son miembros de una clase, es decir, en qué la relación con unas condiciones determinadas de existencia resulta relevante para comprender su relación con la alimentación.

Cuadro a. Trayectorias posibles en las clases populares⁴

Clase de edad	Clase social
1. Individualización	1. Individualización
2. Individualización	2. Homogeneización
3. Homogeneización	3. Individualización
4. Homogeneización	4. Homogeneización

En primer lugar, podemos establecer una trayectoria de máxima individualización. Entendemos individualización como la separación de las normas alimenticias del grupo de origen. Esta separación puede establecerse en dos direcciones: una en la conformación a la clase de edad, otra en la conformación a un orden social divergente –representado por un grupo social más alto o a una norma dietética más legítima-. Como se ha mostrado, la clase de edad reúne patrones de conducta alimenticia divergentes. Por ejemplo, se valora tanto la pérdida de corpulencia y el control del peso como los alimentos juveniles –chucherías, fritos, dulces- que no contribuyen precisamente a ese objetivo. La individualización somática respecto a la clase social –señalada en la segunda columna- supone la puesta en cuestión del orden alimenticio de las clases populares en alguna de sus fécetas básicas: regularidad de las comidas –saltarse comidas, etc.-, tipo de comidas, impugnación del orden corporal resultante de las prácticas alimenticias de las clases populares, etc.

Una forma límite del proceso de individualización se produce cuando el individuo adquiere el estatuto de enfermo. Incluso en los grupos sociales más tradicionales dentro de las clases populares –véase el grupo de campesinos analizado en el apartado de hombres- el estatuto de enfermo garantiza una posición alimenticia de

⁴ La utilización de las tipologías lógicas tiene la virtud de proporcionar un conjunto de posibilidades de figuras sociales que permiten tanto organizar los datos obtenidos como señalar configuraciones posibles –y quizá, pero no forzosamente, reales- respecto de las cuales no se tienen datos o que aún no se han identificado entre aquellos datos de los que se dispone. Utilizaremos aquí dos tipos de tablas. La primera, pretende identificar las trayectorias centrífugas y centrípetas que dibujan la relación de los jóvenes con la alimentación y con la cultura corporal de su clase social de origen. La segunda, pretende identificar los conflictos posibles de tales trayectorias según las tres configuraciones familiares identificadas en las clases populares y que constituyen una suerte de “fracciones de clase” en el orden de lo alimenticio y lo corporal. El objetivo de las tipologías lógicas es ordenar las predicaciones que pueden realizarse de una clase de objetos específica –en este caso, la clase de objetos jóvenes de clases populares-. El problema de que esas predicaciones sea o no real es, evidentemente, de carácter empírico no lógico. Sobre este “truco del trabajo” (“Trick of Trade”) sociológico véase la excelente presentación de H. Becker, *Les ficelles du métier. Comment conduire sa recherche en sciences sociales*, Paris, La Découverte, 2002, pp.259-329.

excepcionalidad. Por otra parte, también resulta posible la existencia de una persona enferma en el grupo familiar que modifique las prácticas alimenticias del grupo doméstico: comenzaría así una desviación respecto a la norma social que modificaría de manera permanente las prácticas y los grupos alimenticias del grupo. En los discursos, esta inflexión alimenticia se revela cuando se relaciona la elevación del umbral de sensibilidad respecto de los alimentos con la intervención de los médicos.⁵

Por fin, esta individualización⁶ de las prácticas alimenticias resultaría característica de los procesos de transmisión alimenticia exitosos desarrollados en las familias populares con mayor distancia respecto a los patrones del grupo social de origen. Estas familias –a las que se ha llamado “disciplinario-normalizadoras”– propondrían las condiciones sociales de posibilidad para el distanciamiento de los individuos de su clase social de origen.

Cuadro b. Trayectorias posibles y conflictos según la configuración familiar de origen

Familias disciplinario-normalizadoras	<i>Trayectoria 1</i> Conforme ⁷	<i>Trayectoria 2</i> Desviante	<i>Trayectoria 3</i> Desviante	<i>Trayectoria 4</i> Desviante
Familias en transición	Desviante	Conforme/conflicto	Conforme/Conflicto	Conforme
Familias patriarcales-populares	Desviante	Desviante	Desviante	Conforme

Este tipo de trayectoria supone la máxima activación de las fuerzas de huida respecto al grupo social de origen y, por tanto, la impugnación práctica con o sin elaboración intelectual de las fuerzas centrípetas que desorganizan la relación con el mundo de las clases populares. Así, este tipo de trayectoria desgarrar tanto las configuraciones familiares que hemos denominado de transición como aquellas de tipo patriarcal popular. Estas trayectorias constituyen así la realización del augurio realizado por Pierre Bourdieu: la deslegitimación del orden corporal –basado en el arte de comer

⁵ “-Pero yo es, yo también creo que antes no... Los médicos no detectaban tantas cosas...

-Enfermedades y eso...

-De, por ejemplo, a la hora de comer, el azúcar; a ver si lo tienes alto, si lo tienes bajo...

-El colesterol...

-Entonces la gente pues no se daba cuenta tampoco. Puede ser que no se diese cuenta de lo que comían, y ahora se dan más cuenta y se cuidan más... Tienen más en cuenta a la hora de comer lo que comen” (Torredelcampo, chicas de clases populares).

⁶ Hemos señalado dos acepciones de individualización respecto al grupo social de origen en la clase de edad. En las familias “disciplinario-normalizadoras”, la individualización por asimilación al grupo de pares produciría conflictos, la individualización respecto a la clase social sería sin embargo legítima. De todos modos, el reconocimiento de la juventud como una fase excepcional de la vida de los individuos parece suficientemente extendida en nuestras formaciones sociales como para considerar que tales conflictos serían previstos como normales por las familias y, por tanto, las prácticas desviantes estarían relativamente toleradas.

⁷ Siempre y cuando represente la individualización respecto a la clase social y no la individualización por asimilación a la clase de edad.

y de beber popular- suponía la impugnación del modelo de hombre y de mujer consumado que subyacía a la relación con el cuerpo de las clases populares.⁸

3. EL INCREMENTO DEL PRECIO DEL CUERPO ENTRE LOS JÓVENES DE CLASES POPULARES. LA ASIMILACIÓN INTERMITENTE DE LA NORMA

Esta modificación del modelo de hombre y de mujer consumado, que definía el pasado reciente de las clases populares, se deja sentir con fuerza en los discursos. Pero de igual modo que los jóvenes de clases populares conocen la acción de fuerzas centrífugas respecto al grupo social de origen, conocen también la acción de fuerzas centrípetas. La autoexclusión de los modelos legítimos dominantes en lo referente al cuerpo y a la alimentación contiene una doble dimensión. Por un lado, esta autoexclusión supone la racionalización de una imposibilidad. Los modelos corporales legítimos se rechazan porque resultan imposibles de alcanzar en las condiciones de existencia de los jóvenes de clases populares. Por otro lado, esta autoexclusión supone una articulación defensiva contra la dominación que se organiza con la elaboración de representaciones estigmatizantes de los modelos ajenos al grupo. Los juegos de distinción corporal y de racionalización alimenticia supondría abandonar un modelo de buena vida posible en favor de prácticas que se retratan como narcisistas, insolidarias, etc.⁹

Estas dos dinámicas –de racionalización de la exclusión y de clasificación degradante de los individuos que persiguen los modelos corporales legítimos- se presentan con contundencia en las intervenciones de los jóvenes en los grupos de discusión–lo que sirve, sin duda, para confirmar la relevancia empírica de la existencia de posiciones sociales de clase en nuestro objeto de investigación-. En este apartado, nos centraremos en las fuerzas que tienden a la dislocación del menú de culturas corporales características de las clases populares. Posteriormente, abordaremos los modos de defensa frente a las mismas y con ello esbozaremos las posibilidades de permanencia de ciertos patrones básicos de la cultura somática de las clases populares y,

⁸ «(...)Sería equivocado ignorar el efecto propiamente político de la acción de moralización (o de desmoralización) que se ejerce por medio de todos los vehículos de la nueva moral terapéutica (revistas femeninas, seminarios, emisiones radiofónicas, etcétera). Como lo demuestra el caso límite de los campesinos, a los que la imposición del estilo de vida dominante y de la representación legítima del cuerpo ha atacado en sus específicas condiciones de reproducción (con el celibato de los cabezas de las explotaciones agrícolas), y en su identidad como clase capaz de definir ella misma los principios de su identidad, es sin duda uno de los últimos refugios de la autonomía de las clases dominadas, de su capacidad de producir ellas mismas su propia representación del hombre consumado y del mundo social que amenazan todas las veces que se pone en tela de juicio la adhesión de los miembros de la clase obrera a los valores de virilidad que constituyen una de las formas más autónomas de su propia afirmación como clase. Y los principios más profundos de la identidad y de la unidad de la clase, los que residen en el *inconsciente*, se verían afectados, en efecto, si sobre este punto decisivo que es la relación con el propio cuerpo llegase a suceder que la clase dominada no se captase como clase si no fuera por la mirada de los dominantes, es decir, por referencia a la definición dominante del cuerpo y de sus usos». P. Bourdieu, *La distinción*, op. cit. p. 392.

⁹ Véase O. Schwartz, *La notion des classes populaires*, Habilitation à diriger des recherches en sociologie, Université de Versailles/Saint-Quentin-en-Yvelines, p. 77. Citado por G. Mauger, *Le monde des bandes et ses transformations. Une enquête ethnographique dans une cité HLM*, Rapport d'enquête Mission de Recherche Droit et justice, 2004, p. 234.

por ende, cómo tales patrones podrían modificar los preceptos somáticos importados por las clases populares.¹⁰

a. Sumisión a la norma y reinterpretación viril

El precio de la cultura corporal afecta tanto a mujeres –a las que enseguida nos referiremos– como a hombres. En ese sentido, podría decirse que el modelo masculino feminizado –de un hombre más atento a su cuerpo y que dedica al mismo un tiempo y cuidado similar al que dedican las mujeres– promovido por los grupos sociales dominantes se instala con fuerza entre los jóvenes de clases populares. Ciertos pilares estéticos de la cultura popular se consideran progresivamente vaciados de valor. Por ejemplo, alguno de los modelos desviantes masculinos, otrora masivos, pierden su poder de cotización entre los jóvenes de clases populares:

“A: Pero... yo creo que lo que es el, el sentido de... ¿cómo te digo?, ¿cómo explicarte?, el sentido de la gente hacia las nuevas cosas que nos vienen, ya, ya sea, o alimentos, ropa... Es común, todo el mundo hace lo mismo, nadie se va [exclure] habrá gente que se excluya, pero en lo mismo que la alimentación, lo mismo la ropa, antes, había heavys, había no sé qué, ahora no, ahora hay cuatro mataos. Pero la mayoría de la gente viste igual, come igual, va a los mismos sitios, escucha la misma música, ve la misma televisión, y taca, tá, la mayoría de la gente, no digo que.... Está claro que hay muchas condenas para lo que es la alimentación, por ejemplo los pantalones eso, pa la mujer, pa mi me parece una bestialidad” (Granada, jóvenes universitarios procedentes de clases populares).¹¹

¹⁰ Como señaló Bajtin (Véase V. N. Voloshinov, *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza, 1992, p. 49) los receptores de una imposición tienen la capacidad de transformarla. Por tanto, los signos corporales pueden acentuarse en múltiples direcciones. En ocasiones, distintas sino diferentes de la cultura dominante. Lejos de ver en esas acentuaciones diferentes “errores” o “malinterpretaciones”, el sociólogo debe intentar reconstruirlas como creaciones culturales específicas de un grupo social con las que éste intenta mantener la coherencia entre sus condiciones de existencia y sus representaciones.

¹¹ La referencia a los « heavys » es fuertemente significativa y denota la transformación de un lugar estructural en los modelos de vida desviantes de los jóvenes de “barrio”. El estilo de música y de existencia heavy reunía en los años 80 a un buen número de jóvenes de clases populares. Por sus letras – que afirmaban desvergonzadamente la virilidad y un cierto criticismo social–, por el tipo de música (rock duro que despreciaba por afeminados y pijos los estilos alternativos), el “heavy” conectaba bien con un tipo de hexis corporal a la vez masculina y proletaria. En su trabajo sobre los estilos desviantes de los jóvenes de clases populares, Gérard Mauger y Claude F. Poliak (“Les loubards”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 50, 1983, pp. 49-67) establecían tres polos –extraídos a partir de la tripartición de G. Duby de los órdenes imaginarios del feudalismo: oradores, bellatores y laboratores–: las bandas, la bohemia popular y los chorizos. Los primeros orientados por la valorización de la fuerza física, los segundos por la distinción cultural –en forma, en ocasiones, de militancia política– y los terceros por el valor económico. Estos tres polos desviantes permitían acumulaciones específicas de recursos que posibilitaban reconversiones posibles hacia modos de vida integrados: las bandas hacia los oficios proletarios descualificados basados en la fuerza física, la bohemia popular hacia la vida intelectual y política y los chorizos hacia el mundo de los negocios y del comercio. Como explica Gérard Mauger en una revisión reciente de su trabajo, el mundo viril de las bandas se ha transformado en dirección a una revalorización cada vez mayor del éxito financiero en forma de pequeñas empresas y negocios más o menos fantasmáticos. Sin duda, la

En cualquier caso, como se verá, la penetración del modelo de cuerpo legítimo, tiene a las mujeres como su vía privilegiada de inserción. Los hombres “vendrían a la cola” y serían los próximos afectados por la cultura de cuidado del cuerpo. B, estudiante de Arquitectura de 24 años, transmite un aspecto muy cuidado, viste de manera deportiva y aseada y demuestra un gran aplomo a la hora de defender sus posiciones en el grupo. Es, sin embargo, el más corpulento de entre los miembros del grupo y en diversas intervenciones hace saber su deseo de ir al gimnasio y su pesimismo acerca del futuro de modelo corporal que él representa:

A: Yo creo que los pantalones estos que han sacado pa la mujer es una condena total.

C: Sí, sí.

B: esto es condena tras condena... y nosotros vamo detrás.

A: Pero cada vez más.

B: ¿Sabes? nosotros vamo detrás.

D: Y esto de la anorexia y la bulimia...

A: De la bulimia, la anorexia, de todo

D: Si te están machacando por la tele, por....

B: Si ahora estás viendo que... esto de la mujer, poco a poco... [va hacia los hombres].

Rocío: El entorno en el que te mueve, por, por todo.

B: Nosotros.... nosotros venimos en la cola.

A: Nosotros” (Granada, jóvenes universitarios procedentes de clases populares).

Sin duda, no conviene olvidar que estas intervenciones se producen entre los individuos que tienen una movilidad social más alta y que –en tanto que universitarios- conectan con espacios sociales más dominados por prototipos corporales exógenos al grupo y amplían su nivel de intercambios afectivos y matrimoniales hacia direcciones más altas del espacio social. En estos lugares, el precio del cuerpo masculino puede ser notablemente más alto que en los entornos sociales más populares -más adelante mostraremos como ella determinará también una contestación de la norma corporal femenina-

Un ejemplo puede ser A que alterna, como se ha mostrado y se mostrará, las posiciones sociales más legítimas y las más antiburguesas –lo que como hemos dicho, puede ser síntoma de que es quien más soporta el mundo legítimo y más desea pertenecer a él¹²-. Tanto A como B¹³ podrían representar un modelo de trayectoria

transformación del mercado de trabajo y cierta degradación simbólica de la hexis proletaria tienen mucho que ver en esta transformación. Y ésta afecta a los modelos corporales disponibles de los jóvenes de clases populares. Véase G. Mauger, *Le monde des bandes et ses transformations*, op. cit., pp. 264-267. Sobre la progresiva estigmatización de los valores de virilidad entre los jóvenes de barrios populares véase S. Beaud, M. Pialoux, *Violences urbaines, violence sociale. Genèse des nouvelles classes dangereuses*, Paris, Fayard, 2003, pp. 228-229.

¹² En una de sus intervenciones, A no se olvida de mostrar las virtudes corporales de su novia – antes ha señalado las sociales diciendo que es antropóloga- a la vez que denuncia la tiranía de las tallas:

A: No pero es que... o sea, porque he ido con mi pareja, que está canija perdía, a comprame unos pantalones y decirle: es que si te pones eso, tu cadera es esto [hace un gesto estrecho], por delante.

C: Sí (riendo, como señalando una exageración).

masculina de tipo 3 –todas las informaciones que proporcionan lo confirman¹⁴–: individuos que durante su juventud no se ha separado de las normas somáticas del grupo y a los que el contacto con ambientes sociales legítimos han introducido en un proceso de individualización acelerado.¹⁵ Volviendo a A, durante una de sus intervenciones, E le hace notar que su denuncia de los prototipos corporales denota una autocontradicción performativa: él no es precisamente un modelo de desprecio a los cuerpos vigentes:

“A: ¡Ah! Tú lo ves una tontería, yo lo veo una tontería [preocuparse por la línea]. Ella lo ve una tontería, por eso estamos aquí, hermositos, comiditos... (risas)

E: Bueno, a tí te falta un pucherito.

(Risas y comentarios)

C: (Riendo) A tí, a tí te falta el cochinillo de ahí arriba [señala a un cerdo fotografiado en el bar donde se celebra el grupo], porque...

A: Estoy duro, ¿eh?, lo que, lo que pasa, no, bueno... que yo creo...” (Granada, jóvenes universitarios procedentes de clases populares).

Resulta entonces prematuro considerar que los jóvenes de clases populares, asumen como propios –de manera explícita y racionalizada– los valores del cuerpo estilizado característicos de los hombres de las clases dominantes. Efectivamente, todo permite suponer que si se incorporan a los gimnasios –sobre todo cuando son jóvenes– lo hacen actualizando viejas prácticas de convivialidad masculina¹⁶ que permiten

A: O sea, a ella claro, está canija no pasa nada, pero tú no puedes tener ni, ni, ni dos gramos más, con esos pantalones que, ahora, se están poniendo de moda, que los llevan todas las tías, como te sobre un gramo... va pa fuera” (Granada jóvenes universitarios procedentes de clases populares).

¹³ B en una intervención señala su anhelo por ir al gimnasio: “¡Ay que ver, que es que no tengo tiempo pa ir a un gimnasio, me gustaría irme pero no puedo!” (Granada, jóvenes universitarios procedentes de clases populares).

¹⁴ Respecto a A es fuertemente significativo lo que sigue:

C: Pero no es lo mismo, para mí, no es lo mismo [la gente que conozco en Granada que mi familia].

A: Perdona, tú, claro, no es lo mismo porque tú vas a tu casa en fin de año, en verano, en... Pero yo no voy en fin de año. Yo no voy en navidades, yo tengo que pasarlo solo, entonces tu familia...

C: Claro. Lo tuyo es diferente.

A: No es tu p, es tu padre, es tu madre, es tu tío, pero luego, yo quiero a mi tío, pero como quiero a mis amigos aquí, no, no quiero a mi tío, o sea, a ver si me entiendes, por relación, porque llevo diez años sin relacionarme con ellos, de maneraaaa fluida, y sé que antes voy a contar con un amigo mío que lleva sei años conmigo aquí y que es prácticamente familia, que es que, tu familia. Una familia te la creas. Y esas cosas intentas hacerlas aquí, de la misma manera que tu las hacías aquí, yo las hago aquí con mis amigos, y, que tienen de, diferentes edades, y e, esa es tu familia (Granada, jóvenes universitarios procedentes de clases populares). En otro momento del grupo, A caracteriza a su familia como “antiguilla” y cerrada –pese a que sus padres rebasan ligeramente la cuarentena–.

¹⁵ Como se mostrará, las trayectorias 3 y 4 –en cuanto suponen la ausencia de toda atención a la corpulencia en la juventud– resultan aún posibles como trayectorias masculinas en las clases populares, provocando una intensa estigmatización en cuanto posibles femeninos.

soluciones de compromiso entre los valores de virilidad, fortaleza y la vigilancia de la corpulencia.¹⁷ La posición sexual explícita –la presentación como objeto en el mercado sexual- resulta aún difícil de tematizar y el reconocimiento de la preocupación por adelgazar afecta –al menos en nuestros jóvenes estudiados, como mostraremos- a principios básicos de su identidad en los que se articulan la oposición masculino:femenino con la de proletario::burgués.

b. Sumisión femenina a la norma. Angustia y formas de defensa contra la imposición estética entre mujeres jóvenes de clases populares. La distensión de los mercados con la incorporación a la vida adulta

Las preocupaciones corporales de las mujeres jóvenes estudiadas, presentan una intensidad muy superior a las de los hombres. Entre las más jóvenes de ellas, la relación con la alimentación depende de la existencia de un mercado sexual y afectivo cuya configuración exige un modelo corporal específico. Este modelo corporal se impone mediante los procesos de juicio constante y permanente que configura el grupo de pares. Esto permite suponer que las trayectorias (como la 3 y la 4) que no contienen un momento de individualización durante la “juventud” –en el sentido, de control de la

¹⁶–“A: La época de estudiantes, porque luego empiezas a trabajar, ya te digo, y si quieres adelgazar te vas al gimnasio, con los compañeros del trabajo, con los compañeros del trabajo ya es otro rollo. Estamos hablando de realmente la alimentación para mí suele ser peor antes cuando trabajas también, ¿no?, pero más cuando te haces, más mayor evidentemente te vas preocupando más por esas cosas porque te estás dando cuenta, pues mira, lo de la espalda, que si no sé qué, que si no sé cuanto, que vale, que somos jovene, pero que empiezan a crecer y dices tú: aquí hay que alimentarse bien, si no no, no hay nada que hacer. Está claro que los estudiante van a comer muchísimo peor, y además son los que se visten con la roa... aunque hoy lo mismo se visten...” (Granada, jóvenes universitarios procedentes de clases populares). En esta intervención A opone un uso del gimnasio –que supone esfuerzo físico- al adelgazamiento basado en dejar de comer, cuya condición de posibilidad es la existencia semiparasitaria de los estudiantes. Por lo demás, el gimnasio aparece investido de valores de trabajo –masculinos, obreros...- frente a los privilegios de aquellos (mujeres, burguesas...) que dejan de comer porque no tienen nada que hacer. Una observación en cualquier gimnasio “interclasista” permite confirmar una utilización de los mismos –lugar de charla, de participación colectiva, de realización calmada de los ejercicios musculares- típica de grupos de trabajadores jóvenes y no tan jóvenes.

¹⁷ “-Preceptor: ¿Al gimnasio...; están más llenos los gimnasios...?”

-Varias voces: Sí, sí.

-Claro.

-Aquí hay dos nada más y yo creo que si ponen diez se llenan los diez, porque...

-Están los dos saturados. Ya cada vez más la mujer es la que va al gimnasio.

-No, los hombres también.

-Y hombres hay también muchísimos hombres.

-Pero cada vez, antes las mujeres no iban apenas.

-Ya.

-Ya cada vez las mujeres pues cada vez más. Ya digamos que hay tanto como hombres.

-Los hombres para ponerse fuertes...

-Ya las mujeres...

-Y sacar músculos y las mujeres para adelgazar.

-Y ya ahí a perder barriga que si voy a ir a perder de aquí, eso ya...” (Torredelcampo, chicas de clases populares).

corpulencia- comienzan a proporcionar posiciones sociales degradadas. Estas trayectorias implicarían una reducción del área de intercambios afectivos posibles cuando no una exclusión. El sobrepeso comienza a funcionar como un sinónimo de muerte social en el mundo del mercado sexual:

“-Salvo alguna gente que se sienta gordita y no se lo quiera comer, los demás se lo comen.

-Preceptor: Pero ser gordita, por ejemplo, ¿tantos problemas da, ser gordita?

-Varias voces: Sí.

-Muchas cosas. La gente te mira a lo mejor de otra manera, si ya llegas al sobrepeso o algo de eso, las tallas...

-La ropa...

-La ropa, las amigas; ya te influye todo.

-¿Las amigas (...)?

-Bueno, las amigas, no. Una amiga no te va a despreciar porque...

-¡Hombre! Una amiga, no, pero en un corro de gente por ejemplo ya sí...

-Ya te comparas...

-Te comparas con esta, te comparas con otra (...)

-Eso sí es verdad. A lo mejor tienes una amiga que está muy bien y tú dices...

-¡Cuchi! (sic) mi amiga, a mi amiga la miran todos y a mí ¡cuchi! (sic), pues no me miran nada; entonces ya te acomplejas.

-Que sí, que si tú estás un poco gorda y ves a ésa que tiene un tipazo pues ya empiezas a decir: “¡joder!” Ya te comparas con las demás” (Torredelcampo chicas de clases populares).

Esta introducción de la vigilancia de la corpulencia no supone siempre la introducción de una nueva relación global con los alimentos. Sometidas a múltiples influencias, las jóvenes estudiadas pueden reconocer con muchísima fuerza la legitimidad de un modelo corporal sin introducir las exigencias de éste en el conjunto de sus actividades cotidianas ligadas a la alimentación.

Parece necesario pues –sobre todo, cuando se habla de las mujeres, a las que los estereotipos asocian fácilmente, como veremos, al mundo de lo frívolo- establecer formas diferentes de asimilación de la norma. Entre la incorporación absoluta de la misma y su olvido, existen formas múltiples de asimilación intermitente que quizá proporcionen la figura social mayoritaria entre las jóvenes de clases populares.¹⁸ Esta asimilación intermitente permite comprender cómo la norma corporal legítima no impera de modo avasallador en todos los momentos de la existencia, sino en aquellos que constituyen mercados corporales tensos.¹⁹ Estos mercados corporales se

¹⁸ Una absolutización de los tipos lógicos –error epistémico que consiste en confundir los resultados de los preceptos metodológicos, necesarios para el análisis, con la estructura ontológica de la realidad social- empujaría a ignorar que la existencia social supone compartir diversas esferas sociales dotadas de normas de legitimidad –en este caso, corporal y alimenticia- diferentes. Así, las normas corporales del mercado afectivo y sexual pueden oponerse a las normas de la convivialidad doméstica o a las de los mercados de alimentos jóvenes compartidos por la clase de edad.

¹⁹ La idea de la existencia de diferentes mercados internos a la clase social y separados por modos distintos de tensión respecto a la norma dominante procede de Pierre Bourdieu. Así, puede distinguirse entre *mercados francos* –donde los precios de los productos (corporales, lingüísticos) se definen según criterios internos a la propia clase social- y mercados más tensos, en los que los modos dominantes de definición –del cuerpo, de la lengua- imponen el

caracterizan por la fuerte exposición corporal y por la imposibilidad de disimular las desviaciones de los patrones corporales legítimos. Cabe suponer que es bajo el imperio de tales mercados cuando la sumisión a los patrones corporales alcanza su punto de máxima potencia. La diversidad estacional marca un primer momento de asimilación intermitente de la norma legítima:

“-Te pones el biquini...

-Yo ahora en verano...

-En el punto clave has dado.

(Risas)

Preceptor: Ya hemos tocado el punto clave.

-Ya hemos dado.

-Además, todo el mundo se pone a régimen cuando llega el verano.

-¡Oh!, de verdad.

-Llega el verano y todas: “me tengo que poner el biquini” y todas a régimen en verano.

-En invierno, como vas más tapada, pues disimulas más, claro.

-Parece que es que el jersey hace bultos.

-¡Hombre!, no sé, pero que siempre la gente también está más influenciada y siempre va ahora más al gimnasio porque es verano, las piernas, todo porque se ven más; en invierno como no se ve nada, pues le dan igual.

-¿Y tú decías, que en verano se...?

-En verano hace la gente mucho más ejercicio, más...” (Torredelcampo, chicas de clases populares).

“-Pero por regla general de siempre la mujer se ha cuidado más, que si el verano, que si el bikini, que si ya no como más hamburguesas, que si las pizzas ya las dejo” (Granada, jóvenes universitarios procedentes de clases populares).

Esta asimilación intermitente de la norma se manifiesta en una utilización limitada de los instrumentos de adelgazamiento. Esta utilización limitada permite no desentonar radicalmente de la cultura somática del grupo doméstico, que es por otra parte la cultura incorporada en el habitus de las participantes en los grupos de discusión. Las dietas radicales son una práctica extraña al grupo²⁰ –que más abajo se asimilará a otra forma de muerte social, esta vez por exceso de cumplimiento de la norma: la anorexia- o como mucho una posibilidad excepcional:

“-Lo importante es que nos gusten [las comidas]. Yo creo que nosotros nos fijamos más en que nos gusten o que no, antes de que si son sanas o no.

-Hombre, eso sí (...)

reconocimiento de la norma y, por ende, la búsqueda ansiosa de la corrección o, si ésta es imposible, la salida del silencio lingüístico o la invisibilidad corporal. Sobre esta cuestión véase P. Bourdieu, « Vous avez dit “populaire”? », *Langage et pouvoir symbolique*, Paris, Seuil, 2001, pp. 144-151.

²⁰ Así, esta participante, que insistirá varias veces en su distancia respecto a la norma corporal legítima explicita aquí su preocupación –desmintiendo su posición anterior- y la ausencia de consecuencias prácticas de ésta: *“-Y yo cuando la... digo que me voy a poner a dieta, aunque no me ponga, pero ya estoy: “tengo barriga”* (Torredelcampo, chicas de clases populares).

-Ésa es la verdad.

-Lo importante es que nos guste a nosotros y a la mayoría de la gente.

-Porque parece que a la gente cuando le dicen de comer sano es para ellos un sacrificio que tienen que hacer, porque ponerle a ellos una dieta..., bueno, a ellos, a todo el mundo; a nosotros, ponernos una dieta de éstas así sana nos puede suponer a nosotros mucho esfuerzo, porque no es, no nos gusta, por eso”
(Torredelcampo, chicas de clases populares).

En ese sentido, el trabajo sobre el sistema de gustos –condición de posibilidad de la articulación en la vida cotidiana del ascetismo burgués- se contempla como una posibilidad parcial: no sale espontáneamente en el grupo –la introduce el preceptor- y dependerá siempre de que las novedades alimenticias no desbaraten radicalmente los umbrales de sensibilidad alimenticia adquiridos en el proceso de socialización –por lo demás, como puede verse, la dieta pronto se reinterpreta (en un ejercicio modélico de “multiacentuación ideológica) de acuerdo con el principio práctico de “comer de todo”-: hacer dieta es comer tomates... y no ser delicado-:

Preceptor: Porque, ¿los gustos se cambian, no se cambian? Por ejemplo, si hacemos dieta ¿cambiamos los gustos o no los cambiamos?

-Yo creo que los gustos, aunque hagas dieta, si te gusta algo siempre lo vas a coger; ya haciendo dieta no, porque la dieta al fin y al cabo te la dejas atrás.

-Puede ser que si estás acostumbrada a comer ya una dieta de esas equilibrada ya con el paso del tiempo acabe gustándote y todo.

-Largo silencio.

-Preceptor: ¿Qué pensáis el resto? Quiero decir, ¿se podrían cambiar los gustos con una dieta equilibrada o...?

-Yo creo que se pueden cambiar los gustos.

-Se pueden cambiar.

-La mitad de las cosas que no., yo por ejemplo, la mitad de las cosas que no me gustaban es que no las he probado ni siquiera. A lo mejor las pruebo y me gustan.

-Claro.

-Pero a lo mejor es posible cambiar de gustos, porque hay cosas que ahora he probado y digo: “¡joder!, esto me gustaba y como no le probado antes no sabía que me gustaba. La mitad de la gente dice que no le gusta una cosa y a lo mejor ni la ha probado ni siquiera, no sabe que...”

-Porque yo la fruta no me gustaba casi nada, y yo no he probado ninguna fruta; no sé si la pruebo me va a gustar o no, como no la pruebo...

-Pues yo creo que lo mejor sería que la gente lo probara todo.

-Entonces dirías con razón si te gusta o no te gusta.

-Claro.

-Pero sin probar nada, ¿cómo puedes decir: “no me gusta”?

-Ya.

-Silencio.

-Preceptor: ¿Y habéis probado alguna vez a probar lo que no os gusta?

-Varias voces: Sí.

-¡Pocas veces!

-El tomate.

-El tomate.

-¡Ah!, sí.

-El tomate muchas veces.

-El tomate, nena.

-Con lo bueno que está.

-El tomate yo de niña...[no lo probaba] (Torredelcampo, chicas de clases populares).

Así, frente a una impugnación radical de la cultura somática –que sólo sería conforme a la norma familiar en el caso de las familias disciplinario-normalizadoras, pero no en las otras dos figuras posibles, las familias en transición y el modelo popular más antiguo- se opta por modificaciones parciales. No sólo la dieta se organiza teniendo en cuenta las sensibilidades alimenticias previas –y compartidas con el grupo social y familiar- sino que las alteraciones cuando se realizan afectan a fases del proceso alimenticio cuya modificación proporciona al individuo que controla su peso una diferenciación menor respecto al grupo: eliminación de alimentos periféricos como los dulces, alteraciones de las formas de preparación...

“-Yo las veces que me he puesto a lo mejor me he quitado pues a lo mejor a filetes a la plancha, (...) a la plancha, quitarte más de pan o pan integral.

-De dulces.

-De dulces.

-Hombre, no quitarte de comer porque yo comer como, pero las veces que me he quitado así...

-Pero eso...

-Y cosas a la plancha...

-Todo a la plancha.

-Pero la verdura y la fruta ni probarla. Yo las veces que me he quitado así (sic), cosillas a la plancha, y cosas así, nada más (Torredelcampo, chicas de clases populares).

Experimentado en fracciones de las jóvenes de clases populares como una angustia sin sentido –en tanto demanda exigencias imposibles de cumplir- el modelo de cuerpo legítimo se considera viable sólo durante el tiempo de máxima inserción en el mercado afectivo y matrimonial: el periodo en el que se encuentra pareja. Esta explicitación brutal del cuerpo como atributo en el mercado sexual elimina toda auratización de las prácticas corporales ascéticas. Esta forma de realismo desencantado y grosero permite abordar la exigencia de modo provisional y no como manifestación de un imperativo categórico femenino²¹:

²¹ El lenguaje filosófico del imperativo categórico contribuye a la estilización de los tipos humanos y con ello a su sustancialización. No muy lejos de aquí se encuentran los análisis del nuevo cultivo del cuerpo como una especie de nueva religiosidad pagana, de nuevo protestantismo carnal. En el cuerpo de hoy se lee la grandeza que antaño se buscaba en el alma de los individuos, se viene a decir. Véase un clásico en J. Baudrillard, *La sociedad de consumo*, Barcelona, Plaza y Janés, 1974, pp. 190, 195 y una nueva versión en J-J. Courtine, “Les stakhanovistes du narcissisme. Body-Building et puritanisme ostentatoire dans la culture américaine du corps”, *Communications*, n° 56, 1991, p. 235. Invertir en belleza no es un patrón femenino de comportamiento resultado de su naturaleza, de su compacta socialización o de un nuevo mandato epocal y abstracto que a todos se impondría. Es un requisito fundamental que el mercado de trabajo y que la división sexual de la dominación impone a las mujeres. Como decía una empleada de hotel, “es importante que una recepcionista esté bien arreglada porque es la carta de presentación del hotel”. De este modo, las mujeres testimonian físicamente la calidad objetiva de su establecimiento. Las mujeres sirven así a la conversión del capital económico en capital simbólico o, lo que es lo mismo, a la encarnación pública de las empresas sociales en las

-“Estoy gorda, que tengo esto, que tengo lo otro”. Siempre te pones a régimen, si te quitas de comer un poquillo más... A los hombres no les molesta tanto eso.

-No. Son más descuidados.

-Que las mujeres.

-Preceptor: ¿Eso para las mujeres?

-Sí, sí.

-Además que las mujeres es la que tiene que estar más llamativa para llamar la atención a los hombres.

-(Risas)

-Y está siempre más preocupada por eso. ¡Hombre!, los hombres también tienen que estar bien, porque entonces no le van a gustar a ninguna, pero que la mayoría es [más dejada]

-Preceptor: ¿Y eso entonces influye en cómo nos alimentamos? ¿El tema de la imagen, de gustarle más a los hombres y así?

-De siempre, no de ahora, de siempre” (Torredelcampo, chicas de clases populares).

Compañero inevitable de esta ausencia de eufemización en el discurso, es la reducción del espacio de posibles sentimental y sexual, una vez que se ha estabilizado la pareja. Es en este punto donde la trayectoria nº 2 confirma su carácter de posible fundamental para las mujeres de clases populares. Y donde la tipología establecida anteriormente por nuestra parte muestra su fecundidad. Así, una posibilidad de homogenización se abre con la consecución de un compañero sentimental. En ese momento, la posición de bien asequible en el mercado matrimonial se cierra y con ella la tensión corporal: una cierta recuperación de los valores –rechazados por retrogrados por el pontificado progresista y neohigienista- tradicionales de las clases populares se produce:

Preceptor: ¿La misma, la misma presión corporal? ¿O cambia algo cuando la gente se casa, cuando...?

-No.

-No.

-Yo creo que cuando se va a casar ya le da más igual todo.

-Le da más igual todo.

que trabajan –Simone de Beauvoir decía que las mujeres servían para ponerle poesía al poder en *El segundo sexo II. La experiencia vivida*, Buenos Aires, Siglo XX, 1987, pp. 496-497-. Por supuesto, todos los empleos femeninos no tienen la misma posición, pese al valor que el trabajo sobre el cuerpo adquiere en un capitalismo que tiende a apoyarse –masivamente para los empleos de clase media y crecientemente para aquellos más proletarizados- en el cultivo del capital social y en las habilidades relacionales –territorio en el que el cuerpo es una baza importante-. Sobre esta cuestión véase P. Bourdieu, *La domination masculine*, Paris, Minuit, 1998, pp. 103-109. Renunciar al cuidado del cuerpo, contribuye a cerrar el espacio de posibles femeninos en el mercado de trabajo más cualificado. Que esto se produzca en los discursos que estamos analizando puede deberse bien a una ausencia aún de comprensión del mercado de posibles femeninos –achacable al momento temporal de desarrollo en el ciclo de vida- o a un cierre del campo de posibles fruto de un proceso de máxima homogeneización con el grupo, en cuanto se abandona la individualización que caracterizó la posición “joven” en las clases populares.

-¿Y cuando tienes ya novio? Porque yo tengo ya novio y ya me da igual, ya lo tengo pillado...

-(Risas)

-¡A ver! ¿Es que es mentira?

-A tu novio ya le gustas como sea, ¿verdad?

-Y si no, ya vendrá uno y cuando me deje me pongo a régimen.

-Otra vez.

-Y ya está. ¡A ver!

-Dicen que el matrimonio engorda.

-Todo. Como enganches novio te engordas. ¿Qué me vas a decir?

-Será porque cuando te echas novio ya te vas todas las noches a comer por ahí a los bares, y ya engordas a la fuerza.

-Ya te dejas más, te da más igual.

-Preceptor: Cuando se tiene novio ¿se deja una más?

-Yo por lo menos sí.

-Porque ya no vas con la cosa de buscar a alguien, ya lo tiene ahí...

-Yo eso siempre se lo digo: "si me pongo gorda, ¿me vas a dejar?". Me dice que no (...) pero me da igual.

-(Risas)

-Yo como de todo.

-Y ya está.

-Se lo pregunto, y me dice que no... Tú verás, pues a engordar aquí.

-(Risas)

-¡A ver!

Preceptor: ¿Tenéis novio todas?

-No.

-No, yo no.

Preceptor: ¿Pero qué creéis eso, que cuando una tiene novio, se descuida más, ¡vamos!, se descuida más, que come más, tampoco es que se descuide más, no?

-Sí.

-Yo creo que sí.

-Yo creo que (...)

-Lo normal.

-No es que te descuides...

-Que cuando engordas [los novios] te dicen: "¡ cucha (sic) qué culo estás apañando!

-(Risas)

-No se callan tampoco los novios [con fastidio].

-Les falta tiempo para decir, para ponernos faltas.

-Pero que yo creo que sí es eso.

-Y cuando se casan ya todavía más. Que ya le dan igual, se dejan; yo creo que sí.

-Hay personas que también le gustan...

-(A coro) ¡Hombre! Hay personas que también les gustan estar...

-Mucho estar bien de presencia, pero que sí, que cuando llega...

-Ya cuando te casas...

-Cuando tú ya sabes que tienes tu pareja ahí, segura, ya no te preocupas tanto por...

-¡Hombre!, te preocupas, no te vas a poner como una foca ahí, fea; procuro estar bien. Pero que te descuidas más, te dejas más, te da más igual; por lo menos a mí (Torredelcampo, chicas de clases populares).

Las oportunidades de los individuos en el mercado sexual y matrimonial dependen, en buena medida y salvo que los azares biológicos les doten de cualidades excepcionales, de la cantidad de recursos que poseen y de la estructura de los mismos (económicos, culturales o sociales).²² Con este cierre del universo de posibles, cobra todo su sentido una figura popular de asunción intermitente de la presión corporal que invade los discursos de los jóvenes sobre la alimentación. Una distensión general de los mercados corporales acontece entonces. Las condiciones de posibilidad de tal distensión consiste en una reinterpretación pragmática y temporalmente limitada de los modelos normativos legítimos. De este modo, se evita tanto la muerte social –vía invisibilidad, por gorda- en el mercado afectivo como la sumisión a modelos cuyas exigencias dislocan las condiciones materiales de posibilidad de fracciones de jóvenes de clases populares tanto como los modelos de buena vida (“irse de bares”, “comer y beber bien”) disponibles en semejante lugar del espacio social. Además, como mostrábamos en el cuadro b, sólo una configuración familiar (“normativo-disciplinaria”) promovía la posibilidad de una desviación radical respecto a la cultura somática del grupo social de origen. La entrada en la madurez permite así una cancelación de la indeterminación corporal característica de la juventud. Y la división entre joven y maduro se revela como el resultado no de un ciclo de vida homogéneo, sino de una negociación estratégica siempre específica y localizada –del individuo con su grupo (con sus parejas posibles, con sus amigos y amigas²³) y del individuo consigo mismo en forma de aceptación del envejecimiento y de duelo de las posibilidades “indeterminadas” de la juventud- entre las distintas figuras sociales que adoptan las situaciones de generación en el espacio social.²⁴

Sería un error considerar este duelo de los posibles afectivo-sentimentales sólo como una racionalización de las imposibilidades objetivas, tanto como enaltecerlo como un arquetipo popular en el que se condensaría una cultura popular alternativa a la dominante. Proviene, sin duda, de las múltiples formas de control de la desviación por las que el grupo social, en forma de llamadas al orden, controlana los que se toman por diferentes. Tales llamadas al orden, testimonian la estigmatización del desviante tanto como la necesidad de los dominados por volver previsible su mundo. Esta referencia -realizada en un grupo- a la delgadez como sinónimo de enfermedad y angustia por lo que no se puede controlar condensa dialécticamente los criterios de racionalidad –a la vez resultado de la impotencia y surgidos de la aspiración humana a una vida sin riesgos- en los que tal cierre del universo de posibles se aposenta:

“-Pero yo creo que también empiezas a engordar porque ya no tienes tanto temas que te preocupan, porque como ves a amigas que tienen novio y ¡cuchi! (sic) yo no tengo novio, no sé qué; no es ya porque comas, sino por los temas que tú tienes en la cabeza y que te preocupan. Como tú a la hora de echarte novio, pues los temas esos ya, pues ya empiezas porque..; yo creo que influye eso ¿no?, los temas

²² Y ello implica que las clases populares acudan al matrimonio como la única vía de acceso a la sexualidad. Véase A. Desrosières, “Marché matrimonial et structure des classes sociales », *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 20-21, 1978, pp. 106-107.

²³ Evidentemente, esa negociación es implícita y por tanto las sanciones persisten en los recurrentes comentarios corporales (“estás más gordo/a”) que se extienden por doquier en las clases populares. Véase al respecto lo reseñado a propósito de la preocupación corporal de las amas de casa.

²⁴ Véase P. Champagne, *La crise de la reproduction sociale de la paysannerie française 1950-2000*, Paris, Seuil, 2002, pp. 124-125.

que tú tienes en la cabeza y que te preocupan. Lo mismo que si se da un caso que un novio, por ejemplo, está metido en las drogas o algo de eso, yo creo que la muchacha, por mucho que quiera, como tiene ese tema, la familia le está diciendo que lo deje a ese muchacho porque no...; yo creo que esa muchacha no engorda ¡vamos! Es también los temas que preocupen: si una pareja está bien pues., si no le preocupa ningún tema, a lo mejor la muchacha ya empieza a engordar y cosas de esas...” (Torredelcampo, chicas de clases populares).

4. LAS LLAMADAS AL ORDEN. CONFLICTOS DE TRAYECTORIAS INTRACLASE EN LOS JÓVENES DE CLASES POPULARES. LA ANOREXIA COMO SINÓNIMO DE MUERTE SOCIAL POR EXCESO DE OBEDIENCIA A LA NORMA

Los procesos de distinción corporal merecen continuas descalificaciones en los grupos de discusión. Estas descalificaciones, lejos de ser producto de la idiosincrasia de los participantes –en ocasiones también pueden serlo-, condensan en su riqueza y en sus estereotipos potentes fuerzas de descalificación social de los procesos de distinción corporal en general y de las mujeres que los realizan en particular. En ese sentido, funcionan como llamadas al orden: organizadas según la dialéctica envidia/orgullo, las llamadas al orden cercan el conjunto de elecciones razonables de un grupo social y condenan a aquellos que, trasgrediendo ese conjunto, atentan contra la solidaridad de condición del grupo.²⁵

Tales llamadas al orden permiten también comprender las tensiones existentes entre las diferentes formas de trayectoria intraclase (diferencias en las trayectorias sociales de los miembros de una clase). Los miembros de los grupos no sólo separan del mundo razonable a los individuos de los otros grupos, sino que sobre todo descalifican a las personas que no cierran el universo de posibles ligado a la tensión corporal al mismo ritmo que ellos, manteniendo así la indeterminación en el punto en el que los integrados han comenzado ya el trabajo –tranquilizador pero muy amargo- de duelo.

a. La distinción desacreditable: la anorexia como símbolo de estigmatización del mantenimiento de la tensión corporal

La presencia del tema de la anorexia en los discursos de los grupos responde a varios factores: uno de ellos, sin duda, la relevancia pública de los trastornos de la alimentación. El otro factor es, por un lado, la percepción de la extensión de los mercados corporales tensos y, por otro lado, el intento de desacreditar a aquellos y sobre todo aquellas que aceptan los desafíos de tales mercados. La anorexia se convierte en el símbolo de un trabajo colectivo por transformar los símbolos de status o de prestigio en símbolos de estigma.²⁶

²⁵ Véase F. Weber, *Le travail à-côté. Étude d'ethnographie ouvrière*, Paris, INRA-EHESS, 1989. Citado por G. Mauger, *Le monde des bandes et ses transformations*, op. cit., p. 235.

²⁶ Véase E. Goffman, *Stigmate. Les usages sociaux des handicaps*, Paris, Minuit, 1975, pp. 57-63. Todos los seres humanos, explicaba Goffman, somos potencialmente desacreditables aunque el descrédito sólo azote a un número limitado de nuestros congéneres. Los procesos de descrédito exigen la elaboración de un estereotipo dañino que tenga cierto fundamento en la realidad –de lo contrario podría ser revertido por la persona a la que se intenta desacreditar-, aunque en absoluto la describa o la retrate correctamente.

Este intento de descrédito encuentra sus raíces sociales en la creciente hegemonía de la trayectoria 2 (de la individualización de la clase de edad a la homogeneización del grupo social) entre los jóvenes populares de los grupos, sobre todo en las mujeres. Una descalificación femenina de la sobrepuja corporal se instalará tanto entre aquellas participantes que están más avanzadas en el ciclo de vida como entre aquellas que lo están menos. Sin embargo, como muestra el caso de una participante del grupo de discusión de Torredelcampo (la llamaremos L)²⁷ - la mayor actividad en la labor de desacreditación, pueden emprenderla las mujeres que más han definido fases en su ciclo de vida -y por tanto ya han cerrado el universo de posibles afectivo-sentimentales-. En el caso de los hombres, dos de los miembros del grupo de Granada (E y B) que parecen seguir la trayectoria 3 (individualización en el momento de movilidad social ascendente) mantienen modulaciones discursivas muy diferentes -lamento moderado al respecto del tema en el caso de B y agresividad violenta en el caso de A- sobre el fondo de una común militancia frente a la extensión de los mercados corporales tensos -en los que, por lo demás, B querría entrar (recuérdese lo que decía respecto del gimnasio) y A todo indica que entró hace tiempo (las anécdotas respecto de su novia y de su constitución corporal que hemos referido resultan suficientemente aleccionadoras al respecto)-.

b. La descalificación femenina de los cuidados estéticos

Una primera forma de descalificación de los cuidados estéticos consiste en relacionar la tensión por la visibilidad en el mercado sexual con una enfermedad patológica, la anorexia. L representa esta posición que tiene el efecto de cortar la discusión y producir un silencio en el grupo -tras leves intentos de matizar la aseveración de L por parte de otras dos participantes-.²⁸ En otra intervención, L insiste en que la sensibilidad al juicio ajeno y a la publicidad constituye la clave de la anorexia. Esta posición es contestada por otras participantes a partir de elementos dispoinibles de etnociencia: la anorexia sería el resultado de un trauma que produce un efecto automático -“se les cierra el estómago y dejan de comer”- o de conflictos psicológicos debidos a distorsiones. Estas posiciones, articuladas con tópicos de las descripciones clínicas de la enfermedad- sirven para dos acciones estratégicas. Separar la preocupación estética de la enfermedad -siquiera por matices- y remitir la enfermedad a procesos en tercera persona -“traumas”- que quedan fuera de la responsabilidad de individuo. Con ello, se suaviza la presentación de L que había encadenado la acusación de patología, con la de futilidad y con la de responsabilidad -estar o no enferma es algo que depende, como prueba ella, de la voluntad-.²⁹

²⁷ L es estudiante, tiene 17 años y es hija de agricultor y ama de casa. Rubia, algo rellena, muy arreglada, su novio es herrero y tiene estudios de EGB. Mantiene en el grupo una actitud continúa de burla respecto a los problemas estéticos de las mujeres y es la participante que muestra sin rubor que su situación de pareja le permite olvidarse de tales cuestiones. No manifiesta interés por estudiar fuera.

²⁸ “Yo digo que la comida está muy buena. Si estoy gorda, al que no le guste que no mire. A mí me da igual. Yo no creo que me volviera anoréxica por la gente” (Torredelcampo, chicas procedentes de clases populares).

²⁹ “L: Lo que se influyen de lo que ven... A lo mejor un comentario que hace un amigo: “estás gorda” y eso puede causar una anorexia, por ejemplo. Es dejarse influir por la gente.

-Ya la alimentación, es más la publicidad, el tema de las modas, la gente, los corros de amigos y todo eso. Yo creo que te lleva más al tema de la anorexia.

Esta posición no pasa de ser muy minoritaria. Presupone a la vez unas condiciones de seguridad sentimental y física –tener novio y estar segura que con adelgazar se conquistaría rápidamente otro- tanto como un cierre de posibilidades extremo tras un recorrido relativamente corto del ciclo de vida: es el caso de una trayectoria (tipo 3) que comienza a ser relativamente decreciente –aunque sea más probable que en otros lugares del espacio social- entre las mujeres jóvenes incluso de las clases populares. Representa el máximo de fuerzas centrípetas que sobre la distinción estética pueden desarrollarse desde posiciones femeninas. De hecho, puede dudarse de que la propia protagonista de la afirmación esté segura de su propia posición.³⁰

b. Descalificación femenina y masculina de los cuidados estéticos: las formas de cuidado no legítimas

El grupo de chicas que no han salido de su casa para estudiar, no reúnen aún todas las condiciones de posibilidad de fuertes sobrepujas corporales. Evitar los signos de descrédito exige una ampliación de las escenas sociales en las que se mueve el individuo. Por tanto, la presión de las familias –en las que no resalta ningún modelo “disciplinario-normalizador”- evita fuertes inversiones en cuidados estéticos. La condición del estudiante universitario fuera del domicilio familiar, permite burlar las imposiciones del mundo circundante.

El acceso a un piso de estudiante –o a una residencia- permiten la ampliación de las escenas sociales y con ello posibilitan el establecimiento de proyectos de transformación corporal intensos ligados a la alimentación. Estos proyectos pueden ser el resultado de efectos imprevistos –adelgazamiento por desorganización en las comidas- que posteriormente se codifican de manera positiva.³¹

Semejante control de la corpulencia se produce dejando de comer. Esta cuestión surge muy pronto en el grupo de discusión de Granada y la enuncia A. Dejar de comer por preocupaciones estéticas es algo que muchas personas realizan. La respuesta de C parece reconocer un cierta agresividad y niega la existencia de la experiencia para todo aquel que tenga obligaciones de cualquier tipo. En una nueva vuelta de tuerca argumentativa, A otorga un rostro social a su argumento: se trata de mujeres sin cargas familiares y en condición social semiparasitaria. Esta primera intervención –en la que se dibuja una fuerte agresividad masculina y popular (el fantasma de la burguesa banal)- se cierra con un silencio tenso en el grupo. En la intervención A consigue en apoyo de una mujer (D) que corea sus palabras con afirmaciones:

-También es un problema psicológico, pienso yo, porque hay gente...

-¡Ea!, claro, es que ya se ven gordas ellas.

-Ellas se ven gordas y eso ya, es que es psicológico creo yo ya lo que puedes pillar.

-Se meten en la cabeza que están gordas y ya...

-Se miran en el espejo: “estoy gorda” y a lo mejor no come nada” (Torredelcampo, chicas de clases populares).

³⁰ En una ocasión confiesa que le preocupa tener barriga.

³¹ Como señalamos, el primer año en el piso de estudiantes se vive como una época de desorganización:

-“A: yo tengo amigos que les ha pasado eso. Yo el primer año que vine aquí, me dí contra la pared, perdí un montón de kilos. (E ríe) me dí contra la pared. O sea, no perdí tantos kilos, pero yo lo notaba ¿eh?” (Granada, jóvenes universitarios procedentes de clases populares)

“A: Yo creo que eso... duele, ¿eh? Duele, yo creo que sí. Pero es cierto, la estética es lo más importante en la alimentación ahora mismo (habla en voz muy baja y no se entienden dos palabras) El camino más rápido es ese, dejá de comer (C se superpone y no se entiende).

C: Tú no puedes dejá de comer.

A: Pero ha pasao.

D: (superpuesta a C y A): Claro que sí

C: Es que al otro día estás tumbado en el suelo, vaya.

A: Pero lo intenta, lo intenta...

D: sí, sí, sí.

A: ...Pero lo intenta porque está en tu casa porque eres estudiante, y porque tal, porque si te tienes que ir a las nueve de la mañana a trabajá, a las 12 si no te has comío ná te da un desmayo y a tomar por culo, claro, no estás comiendo. Pero yo conozco amigas mías que ya te digo, en su casa sentada y no como, y no como, claro, no comes, no comes. No te sientes débil, ¿cómo te vas a sentir débil? ¿Te estás moviendo? Estás en tu casa, así, poco a poco... Pero si tú tienes que trabajá tos los días, llevar a los niños a la guardería, no puedes, es que a los diez minutos haces: pu, y hasta luego...

(Silencio)” (Granada, jóvenes universitarios procedentes de clases populares).

Esta manera de burlar la vigilancia social dejando de comer se opone a las prácticas de regulación legítimas de la corpulencia. Esas prácticas de regulación legítima serían de dos tipos. En primer lugar, la organización de una práctica ordenada y completa de comidas, recuperando las comidas tradicionales.³² En segundo lugar, el recurso a un especialista que permite adelgazar de manera ordenada. Las personas que dejan de comer, sin embargo, recurren a lo fácil –de nuevo, el mundo del cuidado estético corresponde al fraude y a la burla de la presión de grupo-:

-“D: Pues si dejo de comer, en ve de a lo mejó irte a un médico, que te ponga una dieta, en relación con tu peso, para perdé x kilos que es lo que te sobra, si es que te sobra, pues antes de hacer eso...

³² *“-S: Aunque yo, sí, la dieta... más o menos sí la llevo, porque yo me traigo muchas cosas, que me hace mi madre. De lo que es lentejas, vamos, toda, la comida que hace mi madre, hombre, salvo alguna, pero casi toda si. Hombre, aunque ha variado mucho. Yo desde que estaba en mi casa, a estar aquí ahora ya cuatro años, pues la dieta sí ha cambiao. Ya si. Un poco. No mucho, pero si. Añoras cuando vas, a tu casa el potaje o cualquier cosa...*

-C: Que hasta pal cuerpo es malo. En cuatro años estás más gorda.

-(Risas)

-C: no, es que la dieta sana nooo... no en, vaya, engorda, engorda lo que te engorda una persona cualquiera, pero si te comes un plato de lentejas no te va a engordar lo mismo que si te metes una pizza en el cuerpo...

-S: No, no.

-C: Y entonces, una pizza un día, una lasagna otro día, que si el arroz, que si... que en cuatro años, es que se nota” (Granada, jóvenes universitarios procedentes de clases populares). S interviene contadas veces en el grupo y cuando lo hace es a partir de una interpelación directa. S se define como una mujer muy tradicional, su pareja es albañil y es hija de un vigilante (estudios de FP1) y una cosedora textil.

C: Eso es lo que pasa, porque....

D: Es más fácil decir: pues me evito a lo mejor de tomarme la cena y el, el almuerzo por algo más ligero, y así, en un mes, pues he perdidooooo, sei o siete kilo.

A: El tema está en que tú no sabes que la, la, la alimentación no es una cosa de comer, es de tener un horario, es de tener unas formas....

C: por supuesto, por supuesto.

D: Sí, sí, sí.

A: O sea, si tú de tres comida, de cuatro comida, o cinco comida que tenemos que.... ¿Cuántas comidas tenemos que hacer al día?

C: Cinco.

A: Con cuatro, cinco comida que tenemos que hacer al día...

C: Cinco.

A: ¿Eh? de cinco comida que tenemos que hacer al día...

C: Cinco comida hay que hacer, supuestamente.

A: Hay persona que hacen una comida. ¡Son cuatro comida menos!

C: Eso es lo que se lo pueda permitir, porque yo hago al suelo así y me caigo si no como...

A: Tú crees que si no ceno, si, dices...Y así adelgazo. No, no bonita, has comido, ni has al, desayunao, ni has merendao, ni has cenao. Son tres comida, y, el pisquilabis de mañana te lo saltas también, que no está mal, eso se lo salta tol mundo. Pero de cinco comida, haces una, y seguramente te haces unas patatas fritas, o una ensalada, de, de no comer nada a comerte una ensalada no te vayas a creer tampoco que te va a dar, muchas vitamina, te estás comiendo dos lechugas y una cebolla y un tomate. Que será muy sano, de la huerta de San Vicente, pero tío, no has comido ni la mitad de lo que tenías que comer.

D: Y además que eso es así, porque de toda la gente que conocemos que dice: ay, me voy a poner a régimen., ¿qué hace? Ponerse por su cuenta, quitarse de comer

A: ¿Va a un médico? la mayoría de la gente no va a un médico (Granada, jóvenes universitarios procedentes de clases populares).

El fraude es posible en condiciones sociales desahogadas. Una persona que debe trabajar no puede permitirse dejar de comer porque le amenaza una forma de muerte social peor que la de tener unos kilos de más: la muerte social por incapacidad de realizar las obligaciones –sin duda, una forma adaptada del miedo a la muerte social por debilidad física y desproletarización característico de la clase trabajadora-. La anorexia es privilegio de adolescentes y de estudiantes. Mientras E –con el apoyo de dos mujeres C y D- considera que remite a la vulnerabilidad de impone la inmadurez, A intenta definirla como el resultado de una vida sin obligaciones: escolares, maternas, en una palabra, la falta de inserción en la vida concreta:

E: También es posible... también es posible que las enfermedades alimenticias se vean más en la época del instituto, que es cuando estás madurando ahora, porque yo creo que ahora hay más madurez.

C: Hombre, es...

D: Hombre, en esa época tonta es más fácil caer.

B: Pero también, también hay más libertad, ¿eh?

A: Ahí influye mucho, el aburrimiento (risas) ¿sabes lo que te digo?

D: Es cuando te estás formando así más como persona, y...

A: Si tú tienes que moverte todos los días, independientemente de lo que sea, o sea, si tú tienes tu hijo, tienes que...

D: Es más fácil también de que te deje influenciado por todas esas cosas.

A: Es que, si tú tienes algo por lo que luchar, es decir, tu trabajo, o tu hijo, o que de joven te has quedado embarazadaaaa, o embarazao (sic), y has tenido que tener tu hijo, o luchar por otras cosas, no te da tiempo a tomarte, ni a pensar que tu estética y tu tiempo, no es el que hay ahora mismo, me entiendes? La mayoría de la gente está muy aburrida. La facultad es una bicoca para mucha gente, no sólo la facultad, e, bueno, sólo la facultad, lo que es el instituto y la facultad, porque luego el trabajo nos martirizan, nos tienen toda la vida trabajando ¿no? (Granada, jóvenes universitarios procedentes de clases populares).

c. La descalificación masculina de los cuidados estéticos

Conforme avanza el grupo de discusión, la posición crítica de A se afianza y obtiene mayor reconocimiento del conjunto de los participantes. Esta seguridad le permite mostrar progresivamente el núcleo duro de sus fantasmas sociales. Hasta el momento, las personas que caían en la anorexia y la bulimia presentaban todos los rasgos de quienes mantenían una trayectoria de tipo 1 o 3 –en este último caso, alargando el paso a fases superiores del ciclo de vida, en las que las responsabilidades impide caer en banalidades-. A, sin embargo, empieza a culpabilizar a las mujeres de tener todas, en secreto, una trayectoria del tipo 1. El mundo femenino recibe así los rasgos que le otorga los fantasmas masculinos ancestrales: detrás de los cuidados estéticos subyace la búsqueda interesada de la trampa y el conjunto de las mujeres participarían en ella en un grado u otro.³³

Por un lado, A amplía el radio de acción de las mujeres interesadas en la estética de manera fraudulenta, evitando centrarlo en la adolescencia. A propósito de una conversación con C y D sobre las tallas imposibles de los pantalones, A comenta que las mujeres que obedecen tal presión no son únicamente adolescentes. La preocupación por los cuerpos imposibles y, lo que es más grave, su consecuente realización trasciende con mucho la época de la vulnerabilidad adolescente. Toda la alimentación femenina empieza, en su discurso, a organizarse por la imagen sin reparo a que ello impida la realización de las obligaciones laborales. Detrás de la mujer coqueta, comienza a insinuarse la mujer burguesa e infantilizada:

“A: Es como una especie de enfermedad, que no sólo lo que es la bulimia y lo de la anorexia. Porque una mujer con unos pantalones como esos y con unos tacones es una inválida (D ríe con mucha fuerza y C también ríe) Que no puede andar, no puede trabajar, una mujer ¿cómo puede trabajar con esa ropa? ¡No! La hacen, o sea, la, la, la hacen incapaz para muchas cosas. Montate en el autobús tío, si es que yo veo mucha... Cuando voy a la facultad cojo el 33 en la carretera de la sierra y me paro aquí a las ocho, y muchas mujeres les cuesta trabajo, ya no una chavala, una mujer de cuarenta años que se ponga los

³³ Resultado del confinamiento de las mujeres en las tareas sociales privadas y menos valorizadas, la visión masculina del mundo femenino asocia éste a la magia y a la violencia dulce, al control cotidiano mediante el disimulo de los corazones de los individuos, en suma, a gobernar las relaciones poniendo en práctica secretamente todo lo que el discurso público prohíbe. Los cuidados estéticos obsesivos no serían sino una figura posible de esa forma de violencia eufemizada y escondida. Véase P. Bourdieu, *La domination masculine*, op. cit., p. 38.

misimos pantalone que se pone una mujer de 19. Y se está subiendo al autobús así (D ríe) Y dices tú: pues ponte unos pantalone más ancho.

C: Es que no los hay.

A: A ver si me entiendes. ¡Pero que es una condena!

C: (superpuesta) Por supuesto que sí.

A: Si tú me dices a mí que la alimentación, la alimentación está regida por la imagen, claro, todo está regido por la imagen pero, con pantalones así, por ejemplo, se fomenta, anorexia, bulimia, lo que quieras (Granada, jóvenes universitarios procedentes de clases populares).

Investido de todos los rasgos del engaño, el trabajo estético femenino empieza a ser convertido en un símbolo de estigma. Y la experiencia de las jóvenes estudiantes, queda bajo sospecha. Influidas por los modelos corporales legítimos, las mujeres se entregan al fraude alimenticio más o menos permanente. A recibe el primer apoyo explícito –breve– de B, hasta el momento posicionado contra sus intervenciones de manera contundente. C comienza a responder rompiendo el consenso del grupo al respecto. La primera línea de defensa se establece aseverando que existen formas de alimentación que contienen la corpulencia y que se apartan un ápice de la alimentación tradicional. Esta posición demuestra las dificultades para defender con legitimidad formas específicas de control del peso que se aparten de los tópicos consensuados por el grupo –comer lentejas y alimentación madura, que supuestamente engorda menos–. Con todo, otra mujer, D, sostiene las embestidas de A:

“A: Yo creo que la mujer se alimenta peor que el hombre ahora mismo. Por estética. Yo creo que eso es bastante corriente

C: ¿Por estética se alimentan peor? ¿Por qué?

B: Porque empiezan a confundí ya...

C: (Interrumpe) Pues yo eso no lo creo, ¿eh?

B: Cuidarse con no, no, no comer lo que tiene que comer

A: Yo he conocío mil mujeres, y ustedes también, seguro, amigas que al, al, al llegar aquí han notado liberación de mi casa, de comer de mi madre.

C: Sí.

A: Y han hecho así, pero así (hace el gesto de adelgazar mucho). Porque yo he visto tías que no comían hasta las nueve de la noche. De hecho tengo amigas mías que me tengo que seguir peleando con ellas. ¿Sabes lo que te digo?

C: Pero eso depende mucho de la persona.

A: Porque a lo mejó trabaja por la noche, se levanta a las cuatro de la tarde y no come nada hasta las nueve de la noche. Está haciendo una comida en todo el día.

C: Pero eso depende de la persona.

A: Independientemente del hombre, independientemente de la mujé, por supuesto según el horario.

C: Porque eso hay hombres también que lo hacen.

A: Está claro. Pero te digo que, las mujere se alimentan, mmm, no peor, porque el hombre también por no saber hacer las cosas, ni ganas de tener de aprender a hacer las cosas, también se alimenta peor...

D: (se superpone a A) Pero las mujeres por estética, es por el rollo deee, m, no quiero engordar.

C: Pero es que no quiero engordar no implica no comer, porque yo me como un, un plato de lentejas y a mí me engorda menos que una pizza. (Granada, jóvenes universitarios procedentes de clases populares).

La tensión que invade el discurso es la siguiente. ¿Existen formas legítimas de controlar el peso o la línea o son todas resultado del fraude? El razonamiento, tal y como se encadena en el grupo de discusión parece no conceder muchas oportunidades de imponerse a la primera parte de la disyunción. Al asumir las mujeres que la ropa femenina reclama medidas imposibles y que la vigilancia que reclaman sitúa a las mujeres en el límite de la vigilancia mórbida, las dietas legítimas –prescritas por los médicos y derivadas exclusivamente por problemas de salud- no resultan aplicables. Incluso las dietas resultan de personas con problemas de gordura –y no de salud, como insiste E, que no deja de ser rebatido por A y D³⁴-, no para chicas que quieran embutirse en faldas y en pantalones que convierten en gordo a su usuaria al menor descuido alimenticio. Los umbrales de gordura estéticos son, por tanto, umbrales de gordura ilegítimos:

“E: Yo sí tengo un amigo que ha ido a un médico y ha perdido veintiocho kilos.

D: Pero esos son los que menos.

A: Tendría problemas de salud.

D:(sigue hablando superpuesta a la conversación de A y E) Los que van, los que dicen de ir a un médico son los que menos.

E: No, no tenía problemas de salud.

A: ¿No?

E: Pesaba ciento y poco y fué porque ya se estaba poniendo muy gordo, fue a un médico...

A: Claro, los médico le dirían que tendría problemas de salud, entonces, si ¡no no lo hace!

D: claro.

C: (Superpuesta a A) Pero es que eso, porque vas con ciento y poco kilos al médico y te dice: vale. Pero tú vas con que te sobra un poquito, y ¡el médico no te pone una dieta!

A: Es que te dice que no.

C: ¡No te pone una dieta! ¡Porque el médico te dice que estás bien! Y tú a lo mejor te ves gorda, y entonces qué hace? Como el médico no te pone la dieta pues tú llega a tu casa y hace una comida.

A: Es tu consistencia, es tu consistencia, es tu consistencia, no se puede pensá que porque tú saques una forma de pantalone o una forma de espalda, todas la mujere tengan que ser así. Son tan diferentes, cada mujer, una mujer a otra mujer como un hombre a otro hombre. Nosotros, realmente, si en ropa y en laaa, eeeh, nos parecemos más, pero ellas no. Más las condenan a ellas que a nosotros, porque, el hombre qué tiene?, un pantalón y una camiseta.

C: Ya ves, como las faldas que han sacado ahora.

D: Sí.

C: ¡Díme tú, a mí como tiene que está una mujé pa ponerse esa falda?

³⁴ La idea de que a un médico se recurre sólo cuando la gordura provoca problemas de salud, puede ser un índice de cultura de clase y de falta de legitimidad en las clases populares de los cuidados médicos centrados en la estética.

D: Esquelética.

C: Como el maniquí del escaparate que le queda estupendo.

A: ¿Cómo va a comer esta mujer entonces?

C: Ahora, yo me pongo la falda, digo: ¡yo no salgo al, al tranco de la calle con esta falda!” (Granada, jóvenes universitarios procedentes de clases populares).

En secreto, todas las mujeres interesadas por la estética cultivarían la desviación respecto a los patrones de alimentación razonables. Las luces desmitificadoras del dispositivo discursivo masculino, las trasladarían del cobijo de la desviación secreta –en la que el individuo infringe las reglas sin que nadie lo descubra- al mundo desencantado de la desviación pura –en que el sujeto desviante es al fin desenmascarado-.³⁵ Sólo el acceso al trabajo y al matrimonio –con su consecutivo cierre de las oportunidades afectivas- disciplinaría –según A y D- los excesos corporales femeninos. Más que una consecuencia natural del ciclo de vida, el trabajo y el matrimonio juegan el papel de una venganza segura que vendría a eliminar brutalmente la consustancial banalidad femenina. En el grupo de discusión, sólo C –la chica que más se acomoda a los patrones corporales legítimos- resiste la progresiva estigmatización de toda preocupación estética en las mujeres. Pero esta defensa no se concede el derecho de dar razón de los cuidados estéticos. Únicamente acierta a presentar prototipos femeninos sin mácula (una mujer que ha dado a la que, sin embargo, continua cuidándose):

Preceptor: ¿Creeis eso? Que cuando se está trabajando ya no se piensa en...

C: Yo depende que, yo creo que eso depende de la persona. Porque yo conozco gente queee, que está, bueno, (silencio) es que, yo conozco una persona que hace tres años dió a luz, se puso mu gorda, ella está trabajando, y luego hace poco ha dado a lú también, se ha puesto ahora también más gorda, y ella está trabajando, y es que ella fue, dejarle de dar el pecho al niño, y ponerse a régimen, directamente.

A: Pero lo que te decía, no, no, no es (habla en voz muy baja y no se entiende)

D (Apoyando a A): Por estética.

C: Por estética (retoma la palabra sin confirmar lo que sostenían A y D), pero eso depende también de la persona, porque mi herma... mi sobrino tiene mes y medio, y mi hermana mientras le pueda dar el pecho se lo va a dar. pero eso depende de la persona...

A: Claro (dice dos palabras de nuevo en voz muy baja y no se entiende)

C: Igual que lo del trabajo que tú dice. Yo creo que eso depende...

A: (Interrumpiendo a C) Pero generalmente si esa persona, o dependiendo de esa persona, tiene menos tiempo libre, o está pensando en tonterías....

C: ¡Hombre!

A: ¡Porque son tonterías! ¡Es que son tonterías! Es que te das cuenta cuando...

C: (Superponiéndose a A y subiendo la voz) son tonterías pa tí porque tú lo ves desde una, desde una perspectiva diferente.

A: (También sube la voz) ¡No! Tú te relacionas con padres de familia, tú ves tu familia, y yo veo mi familia, y son tonterías. O pones el telediario y a los cinco

³⁵ Según H. Becker existen cuatro figuras posibles de desviación: el individuo conforme percibido como desviante erróneamente, el individuo conforme y reconocido como tal, el individuo que infringe las normas sin poder ocultarlo y el que infringe las normas de manera secreta. Véase H. Becker, *Outsiders. Études de sociologie de la déviance*, Paris, Minuit, 1984, pp.

minutos se te caen, porque son tontería, ves lo que hay en el mundo y lo que existe, que no nos falta de nada!

D: Es verdad.

C: Pero eso es la mentalidad de cada persona.

A: (Superponiéndose a C) La gente está aburrida musho tiempo....

C: Tu mentalidad es...

A: Y necesita ir a comprá, y necesita....

C: Pero... ¡claro!

A: Ir y moverse, y comeeeeer, eeeeh, de moda, aunqueeeee... ¿sabes lo que te digo? La, la manera.... cuando tú estás estudiando, ooooo, ooo, o no estás trabajando, oo... tienes más tiempo para ti, porque si estás estudiando no quiere decí que no estás haciendo ná, sino, estás trabajando también, pero tienes más tiempo pa ti.

C: Sí.

A: Cuando luego estás trabajando o tienes tus hijos, yo no es sólo el trabajo, es que estés más ocupado de lo normal. Que tengas tus hijooooos, que tengas.... Te puedes preocupá de tu cuerpo, vas a un ginnasio, vas a maneras más ápidas, pero no vas a dejá de comé.

C: Por supuesto que no.

A: ¿Por qué? Porque tienes dos niño y te tienes que levantá por la mañana. Pero si tú eres estudiante te lo piensa. Bueno, dejo de comé, o yo que sé, oooooooo, o, yo que sé. Pero si la gente, yo que sé, es muuuu, coño, yo el domingo a la mañana me voy a trabajá y me veo a cuatrocientos tíos sentado en un banco, tomando el só, pa está moreno. O sea, a ti te sobra el tiempo hermano. Te sobra el tiempo. A ti, y a ti, bonita. te sobra el tiempo, porque yo voy corriendo pa trabajá y luego tengo que bajá y luego subí. Y el lune tengo que ir a la facultá, ¿es que no puedo sentarme en un banco pa estar moreno! Que no, que no te estoy mintiendo, vamo, que cojo el autobú, yyy....

C: No, sí, sí.

D: No, si es verdad.

C: Sí, sí” (Granada, jóvenes universitarios procedentes de clases populares).

¿Qué se juega detrás de esta violencia? Cuestiones que trascienden la alimentación pero que están en el centro de cada uno de los procesos de modulación alimenticia en los que se comprometen los actores y que compromete su futuro y su visión de sí mismos. En primer lugar, es difícil no ver en el conflicto la existencia de modos de trayectorias diferentes entre las clases populares. Estas trayectorias diferentes se perfilan en el discurso con una fuerte coloración de género. A, sin duda, representa una trayectoria de tipo 3. Esta trayectoria resulta sin duda una fuente de ansiedad poderosa en la relación con el otro sexo. En su nuevo lugar social, A encuentra competidores tan dotados como él de títulos universitarios, así como de unos recursos económicos y una de tranquilidad en las formas que su origen social no puede proporcionarle. Su posición dominante como hombre se encuentra pues fuertemente menoscabada. Desde ese momento, extraña poco que A vea a todas las mujeres como seres que acumulan secretamente capital corporal con el objetivo de ampliar su área de intercambios afectivos hacia hombres más rentables y/o atractivos que él. Para olvidar esa tensión, A tendría que corregir a la baja sus expectativas afectivas y dirigirse hacia chicas de su posición social de origen.

La descripción que A hace de las mujeres refleja así su peculiar relación social con ellas. Pero no olvidemos que A recibió el apoyo de B y de D –curiosamente un

hombre, E, poco activo en el grupo asistía con desconfianza e ironía a sus alardes discursivos-. Por tanto, la suya no es ni de lejos una posición marginal. Según las diferentes escenas que se han perfilado en el grupo, A –sin duda, como buen *parvenu*, un excelente sociólogo práctico- jugó las bazas de la distinción –que el origen popular, que él no preveía, de sus compañeros contribuyó a desmontar: véase el apartado anterior- o del discurso masculino y proletario contra la banalidad femenina: sólo en este momento consiguió imponerse con apoyos que no había tenido y acorralar la única posición discordante. Ello indica que toco variables centrales de las relaciones sociales entre los sexos.

Como explica François de Singly, la belleza femenina es una baza fundamental en el mercado matrimonial. Las mujeres ricas no priorizan los hombres bellos, sino los hombres bien situados. Los hombres ricos priorizan las mujeres bellas a mucha distancia de las mujeres mejor situadas. Por lo demás, el precio de la belleza femenina cotiza más alto y la reclaman los hombres guapos y socialmente poderosos. Por contra, la belleza masculina únicamente la reclaman de manera privilegiada las mujeres hermosas, pero no las mujeres hermosas y ricas: “La deseabilidad del capital estético femenino es más elevada que la del capital estético masculino”.³⁶ No extraña por ello que la belleza femenina se vea unida al carrerismo y al parasitismo –de los estudiantes que no estudian, de las “niñatas” sin obligaciones-. Los insultos aluden a una verdad social objetiva: la previsible movilidad social ascendente de aquellas que logran acomodarse al “imposible” –al estigmatizarlo, el grupo contribuye aún más a dotarlo de enormes poderes de fascinación- prototipo corporal femenino. Con ello, tales mujeres desaparecen del área de los intercambios matrimoniales –o de pareja- posibles de los hombres presentes en el grupo.

La asimilación de tales prácticas a la anorexia utiliza una constatación fundada – la existencia de una patología provocada por la inversión denodada en la consecución de la legitimidad corporal y social-, para constituir la en amenaza de todas aquellas que intentan escapar a su destino social aplazando el cierre de los posibles afectivos y sociales. Condenándolas al destierro social –la posición de la loca-, las personas de clases populares presentes en el grupo atestiguan tanto su poder para actualizar fuerzas eficaces de control de la desviación –invocando las tradicionales correspondencias: fuerza: estilo :: esencia: apariencia :: proletario: burgués :: masculino: femenino- como la profundidad de las fuerzas centrífugas que desbaratan los patrones de socialización de los que surgieron y en los que se incubó su relación con los alimentos. La agresividad de las respuestas tiene mucho que ver con el tamaño de las amenazas y nada con la seguridad en los propios principios. Como observó con acierto Jean-Claude Passeron, “es el olvido de la dominación y no la resistencia a ella, lo que acondiciona para las clases populares un lugar privilegiado en el que tienen lugar las actividades culturales menos marcadas por los efectos simbólicos de la dominación”. Y sobre esa feliz amnesia de la subordinación, pocos ejemplos proporciona el material producido en esta investigación.³⁷

³⁶ F. de Singly, *Fortune et infortune de la femme mariée. Sociologie des effets de la vie conjugale*, Paris, PUF, 2002, p. 31.

³⁷ C. Grignon, J.-C. Passeron, *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*, Madrid, La Piqueta, 1992, p. 97.

